

Augusto d'Halmar

## Un chileno que vuelve



**P**RECISAMENTE en estos promedios de 1908, se acercó hendiendo a golpes de hélice las aguas del Pacífico, un barco de la flota chilena de navegación, y cuando amanecía, echó anclas en Valparaíso. Volvían de seguro en él, muchos compatriotas; pero uno, que dejó el terruño hacen más de treinta años, ahora regresaba definitivamente, porque se repatriaban sus restos.

Y junto con salir el sol ese domingo, día luminoso de la semana, avistó el «Copiapó» de la Sud-Americana de Vapores, la rada que llaman «Pancho» los marinos, el anfiteatro de los cerros, toda la decoración, catalogada entre quienes viajan, como uno de los panoramas del mundo. Subieron muchos a cubierta, para divisarlo. Y también desde la cala se subió al puente una especie de baúl, no mayor que los otros y que contenía los despojos del pintor Alfredo Valenzuela Puelma.

Salió desde este mismo puerto, que era su cuna, allá por los primeros años del siglo, llevando en su bagaje admirables lienzos y en su cabeza privilegiada

una idea vuelta, poco a poco, obsesionante. Yo coincidí con él en ese amable e inolvidable París de 1908 y me di cuenta que la razón del artista iba zozobrando y que no tardaría en anegarle la locura. Recuerdo que una noche me hizo acompañarlo a su vivienda y me mostró en la penumbra aquel Cristo irradiante pintado por él, cuando no lo amagaban las sombras. Me enseñó también el tesoro de sus cuadros antiguos, un Divino Morales, sobre todo. Pero al propio tiempo no logró disimularme su miseria, y hasta me percaté de que para reposarse no tenía sino un montón de periódicos. Entonces, le legué, poco después, mi propio lecho, que había de ser si no su última, su penúltima yacija, ya que un manicomio se interpuso entre su vida y su muerte.

Su vida era ya entonces acongojadora, con súbitos destellos de ingenio y hasta de genio y una marca creciente de misterio, torturado por invisibles tortusionarios. Recuerdo como una anécdota insignificante, pero patética, otra cierta noche que venciendo su delicadeza y su orgullo hubo de pedirme para comprarse una vela y una caja de fósforos. Al pasar el franco de mis manos a las suyas, rodó por la tienda. Y echándose al suelo para buscarlo, volvió hacia mi la cabeza y exclamó: «¡Qué mala suerte la mía!». Cuando alguien así reconoce la adversidad, está ya perdido. Sin embargo, había luchado tanto, contra ella, el gran pintor. Y ahora el percance de una moneda maliciosa que se nos escurre de los dedos, lo hacía darse por vencido.

En esa su cuna de Valparaíso tuvo tres hadas madrinas, que le aportaron tres fatales dones. Uno era el talento; otro la carencia de buen sentido; otro, por fin, el simple hecho de nacer entonces en solar como el nuestro, tan poco propicio al arte. Por eso será poco cuanto realicemos ahora para hacerle grata la vuelta a su hogar.

No obstante, transcurridos tantos años, ciertamente de progreso, inciertamente de civilización, no fuimos muchos los que le recibimos en el puerto, ni eran muchos, sobre todo, los que sabían en la multitud, entre los curiosos que asistieron al desembarco, quién fué este chileno repatriado, ni qué hizo por Chile. Hasta llegó a dudar lo supiesen las propias autoridades y los gobernantes. Porque si así no fuera, el acto de esa mañana hubiera sido una apoteosis.

¿Qué hizo por Chile, este chileno? Sufrir y enaltecerlo. Cuando se le premió en Europa; cuando sus obras se publicaron en los catálogos de las exposiciones europeas, entre otras muy escogidas de los más grandes artistas, contribuyó, uno de los primeros, a probar que no sólo se producía por acá salitre y cobre, sino sal y oro de buena ley, para sazonar y acuñar nuestra raza. Unos cuantos como él, pero después de él, acometieron igual empresa, comprobaron el mismo aserto. Hoy, de cuando en cuando, se sabe, por un pintor, o por un poeta, o por un médico, nuestro nombre nacional y se hace, poco a poco, nuestro renombre internacional.

Así, éste que, a la chita callando volvía entre gallos y medianoche, era, patriotas y compatriotas, todo un vencedor vencido, ni más ni menos que un héroe que hubiera librado y ganado batallas por nuestro pabellón. Su tricolor y su estrella sirvieron perfectamente en ese caso para envolver con su decoro esa maleta en que el destino nos devolvía el presente que le enviamos. Uno, escogido entre nosotros, entró, por su cuenta y riesgo, en la gran contienda cuyo único galardón es la gloria; y la tuvo y obtuvo la muerte. Ahora no había de ofrendarle la tierra nativa ningún lauro, sino brindarle una siempreviva. Ya no requería aplausos el repatriado. Le bastaba, sin duda, un momento de emocionado y emocionante silencio.

Y yo lo evoco, tal cual le conocí, inquieto y poseído de su genio al punto de convertirlo en mal genio, pero artista hasta la médula y hasta la punta de las uñas. ¿Es tan fácil serlo? ¿Es tan común que, en una gleba apenas removida aun en sus entrañas por la obra de los siglos, nazca ya esa flor de flores, que viene a ser un artista? Yo no sé de muchos entre nosotros que merezcan semejante título; ni siquiera me atrevo a desearlo para mí mismo. Porque ser artista, palabra que se religa misteriosamente con artesano y artífice, es ser un privilegiado del destino, el único príncipe auténtico, que al refinarse pueden producir las generaciones.

En la obra de Alfredo Valenzuela Puelma, culmina la producción artística de Chile, y sería de desear

nos superásemos para superarla. Tal cual, representa nuestras mayores y nuestras mejores cualidades raciales. Es la de un genuino temperamento de pintor, a la española, a la Velázquez, a la Rosales, toda distancia guardada, con una alegría, una fiesta de color y una sobriedad de líneas ejemplares, siendo, como es, el dibujo la ciencia del arte. No haya cuidado que Valenzuela Puelma prescindiera de él y lo menosprecie, según suelen tentarlos nuestros modernistas y futuristas. El maestro sabía que tan sólo quien puede hacer análisis debe hacer síntesis y que no ha de suprimirse el andamiaje, sino cuando ya está lograda y amarrada la estructura interna de la fábrica.

Así llevó a cabo sus grandes obras: la «Resurrección de la Hija de Jairo», o «La Perla del Mercader» o «La lección de Geografía». Así «La Náyade», «La Sirena», y así la galería impresionante de sus retratos, desde el de su maestro Mocchi, acaso el óptimo realizado en Chile, hasta los de Enrique del Campo y tantos otros diseminados en galerías particulares. En la de don Eusebio Lillo, me fué dado admirar alguno casi desconocido para el gran público. Y me conturbó profundamente advertir cómo el poeta autor de la Canción Nacional, inclinaba la respetabilidad de sus ochenta y tantos años, ante la figura lozana de Valenzuela Puelma, y le llamaba «maestro», él que sin duda lo era de un país. Y esa dulce palabra, compartida con el buen carpintero de Nazareth y el buen forjador de cualquier parte, le convenía

admirablemente a ese artista que conocía su oficio y era también un obrero bueno.

¡Conocer su oficio! ¡Saber cómo se prepara una tela y cómo se muelen los colores o cómo se diluyen y cuánto resisten a la luz! Todo eso que religa las bellas artes a las otras no menos bellas, van desconociéndolo los improvisadores de hoy en día, con mucho más de aficionados que de técnicos. Y ha de volverse por los fueros de esos artífices del Renacimiento, que, siéndolo todo, fueron, además, nobles y humildes operarios.

Los pintores nuestros de entonces, podían no andar muy a caballo en protocolos sociales, pero conocían admirablemente lo que se traían entre manos. Así Alfredo Valenzuela Puelma, así Pedro Lira, así Juan Francisco González, el triunvirato de la gran pintura chilena. Y asimismo el otro triunvirato de los escultores: Nicanor Plaza, Virginio Arias, Simón González. A todos los frecuenté y en cierto modo me moldearon. Casi todos se han repatriado, como Valenzuela Puelma, a esta tierra ideal que no está en ninguna parte sino en la tierra de todas partes, simplemente en la tierra. Apenas si el escultor Arias le sobrevive y, como si también hubiese muerto, no he vuelto a verlo desde entonces.

Eran de cierto otros hombres y otros tiempos. O el caso es que los que corren no los producen ya. ¿Dónde está el Valenzuela Puelma de hoy? ¿Dónde el Nicanor Plaza? Apenas si un Fossa Calderón se venga de nuestros desaires mandándonos de tiempo en

tiempo una nueva medalla de oro ganada en la gran brega parisiense. Quiso hacerse enteramente nuestro y sólo entonces se percató Fossa, que su verdadera patria, como dije, ya no estaba en ninguna parte, sino donde quiera hubiera belleza y donde se amara la belleza. Y he ahí un expatriado que ya no ha de repatriarse, me temo, ni aun en la forma póstuma en que recién lo hizo Alfredo Valenzuela Puelma.

A saludarle concurren, más que nosotros vivos, los fantasmas de sus camaradas de la misma promoción. El viejo Lira debe de haber depuesto su animadversión contra él. Juan Francisco lo reconoce, sin duda, como su verdadero condiscípulo. Todos los otros lo acogen como acogieron los hermanos al hijo pródigo.

Los sobrevivientes, aquéllos que ya en su época luchábamos también por la cultura de esta República donde nos cupo en suerte nacer, que nos hizo y a veces deshizo y a la cual vamos rehaciendo a nuestra vez al precio de nuestra vida, debemos de aparecer harto anacrónicos a los ojos de quienes monopolizan hoy la actualidad y usufructúan en cierto modo de cuanto hemos sembrado y que ellos cultivan y cosechan menos desinteresadamente. No se nos ha impuesto todavía en la bocamanga el distintivo de los veteranos; pero ya muchos olvidaron nuestro 79.

Olvidaron lo arduo de haber sido artista en una época en que un presidente de Chile declaró que Chile no los requería para maldita la cosa y que la gran-

deza nacional la forjarían de consuno profesionales e industriales. Escribir, pintar o componer música, eran ociosidades. Así un intelectual pasaba por ser un tráfuga del trabajo, un emboscado, casi un traidor a la patria. Aquí se hacía historia, no novelas. Sobresalían los jurisconsultos, no los ilusos. Chile era un país serio. El arte provenía de otras partes, y nos venía de otras partes, como un artículo de fantasía y de lujo para los ricos. El pueblo no lo necesitaba.

Hemos modificado, felizmente, una parte de este criterio, pero mantenemos otra. El pueblo, a no ser como simple comparsa, permanece ajeno a todos los actos culturales. Son, para él, otras tantas ceremonias oficiales. Lejos de su ánimo llegar a creer que este Valenzuela Puelma, pongo por caso, es no sólo un propulsor suyo, sino un proletario como él. Se halla a mil leguas de pensar que su obra fué hecha no para quienes la adquirieron, la lucen y se infatúan de ella sin estimarla, sino para él, es decir, para los chilenos, es decir, para Chile.

Fueron, pues, los númenes inaplacados de nuestros grandes artistas muertos en el desconocimiento, desde Pedro Antonio González, en la poesía, hasta Carlos Pezoa Véliz; de Juan Francisco González a Lira, en la pintura y en la escultura de Nicanor Plaza a Simón González, los que escoltaron las cenizas de Alfredo Valenzuela Puelma hasta ese calvario que remata todo vía crucis, con una simple cruz sobre el cielo. Pero conste que su nombre debiera estar grabado en la memo-



ria y en la conciencia de todos sus conciudadanos, con tanta o mayor razón que el de aquéllos que sucumbieron heroicamente. Así como así, a estas horas y en estas alturas, quien más, quien menos, cuando uno no se sacrifica por la patria lucrativamente, gratuitamente es inmolado a ella.